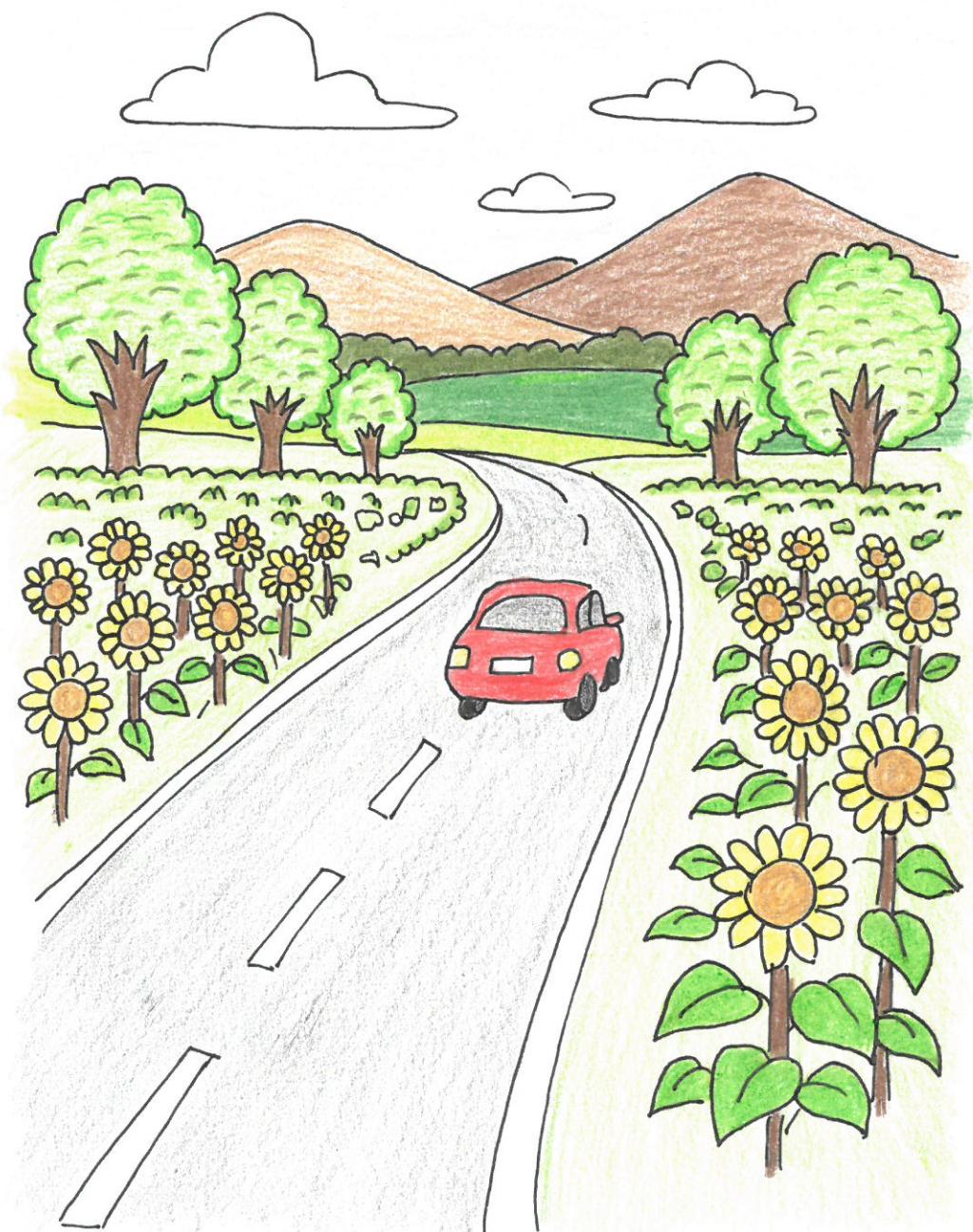


El árbol de  
los recuerdos

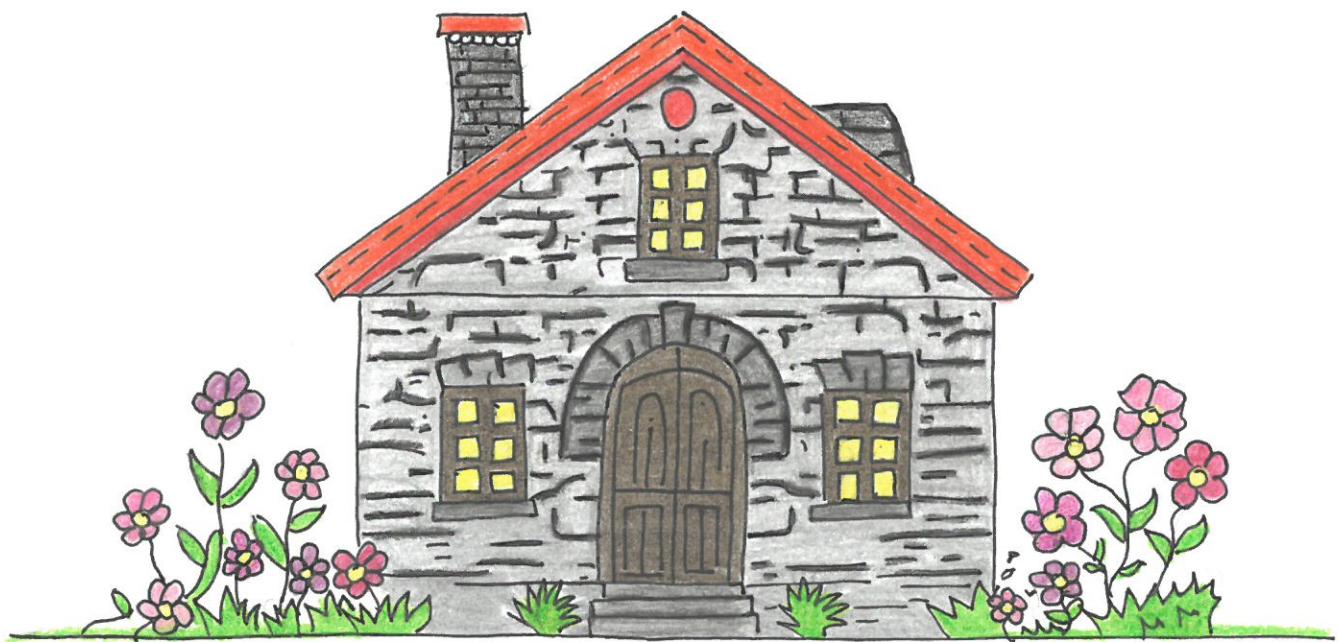
Alma tenía once años y cada fin de semana esperaba con ilusión el momento de subirse al coche con sus padres rumbo al pueblo. Le encantaba ese viaje: la ciudad quedaba atrás entre edificios, el ruido de los coches y semáforos, y poco a poco el paisaje se transformaba en caminos llenos de árboles, montes verdes y campos llenos de girasoles.



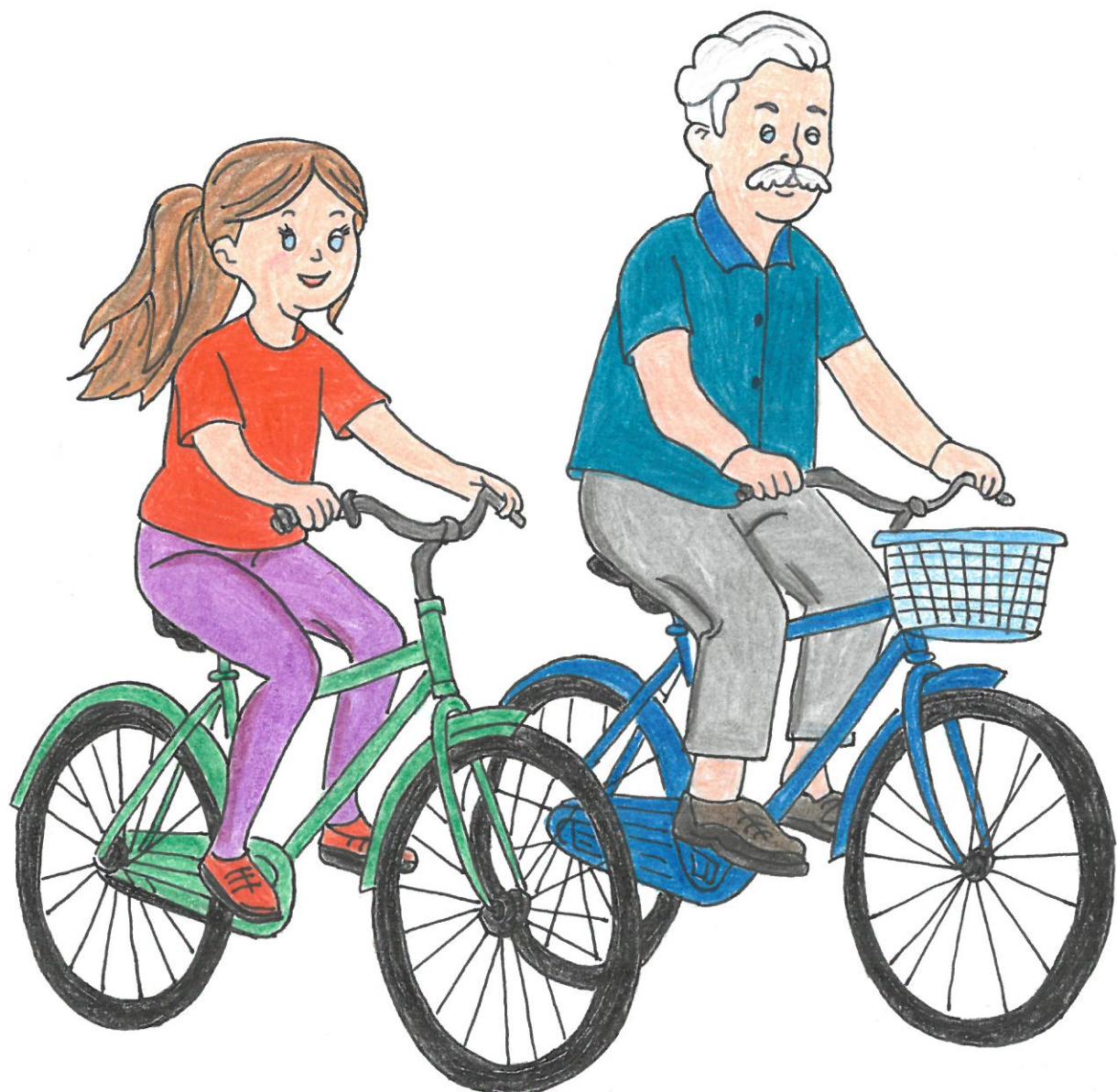
Sabía que al final del viaje, le esperaba uno de los lugares más mágicos del mundo: la casa de su abuelo.

Era de piedra, rodeada de flores y con un jardín tan grande que parecía no tener fin. En el centro del jardín crecía un enorme y antiguo árbol.

El abuelo los recibía siempre con una sonrisa amplia y los brazos abiertos. Sonreía cada vez que Alma corría hacia él. Le encantaba escuchar las risas de ella, verla bailar, sentir que su casa que entre semana era aburrida y, los fines de semana era un cañón de alegría.



Aunque cada vez más a menudo al abuelo se le olvidaban las cosas. Al principio eran cosas pequeñas: olvidaba donde había puesto las llaves o el nombre de algún vecino del pueblo. Alma lo notaba, pero siempre encontraba la manera de reírse con él en lugar de ponerse triste. Paseaban por el jardín, plantaban flores, montaban en bici, contaban historias de cuando él era joven, y jugaban con los perros que a veces venían a visitarlos. Todo era especial y cada momento parecía mágico.



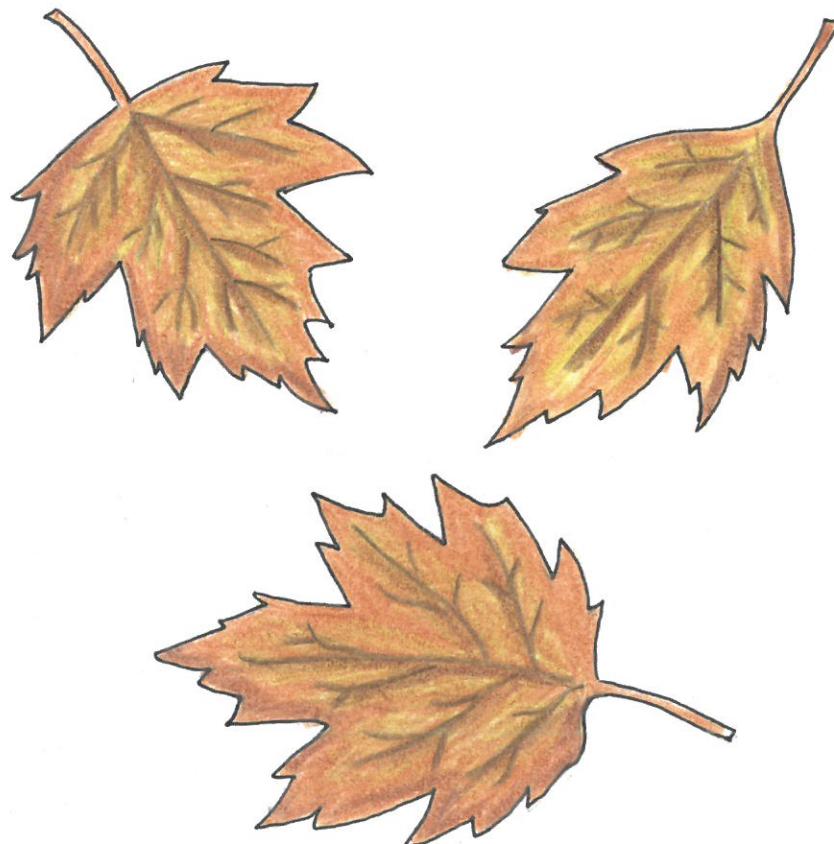
Un día mientras el abuelo buscaba sus gafas por toda la casa, Alma tuvo una idea que cambiaría sus visitas para siempre. Tomó una hoja de papel y cuidadosamente, con su letra pequeña escribió:

“el abuelo olvidó donde puso las gafas”

Y pegó la hoja de papel en una hoja del gran árbol del jardín.

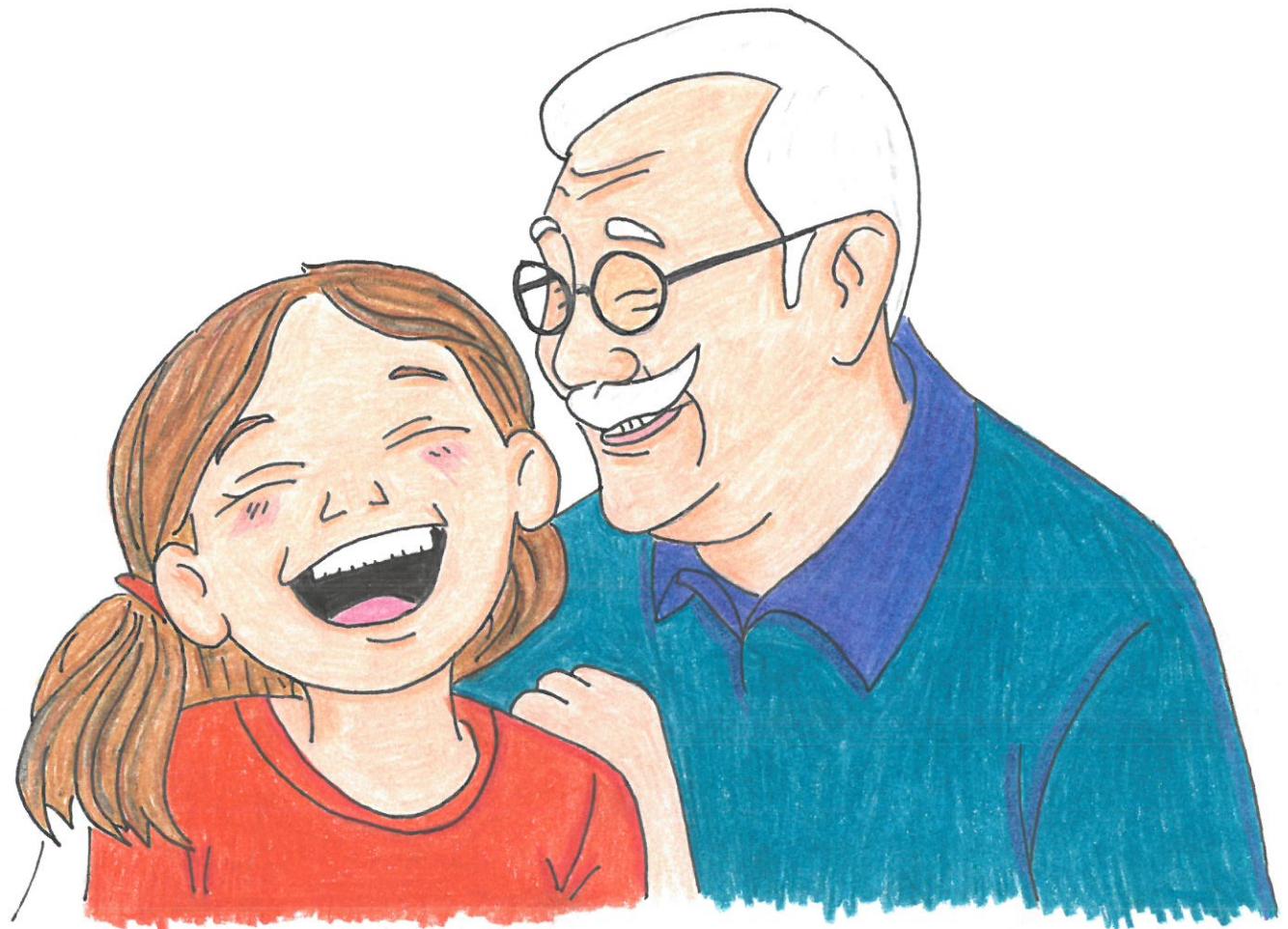
— Así no se perderá — le digo a su abuelo con una sonrisa —. Cada cosa que olvides la escribiré aquí.

El abuelo la miró y asintió, contento de ver que Alma encontraba formas de hacerlo sentir mejor. Desde ese día Alma empezó a escribir cada pequeño olvido en las hojas del árbol. Algunas hojas eran graciosas: “Abuelo olvidó que había guardado la tarta en la nevera”. Otras eran más tristes: “Abuelo olvidó mis cumpleaños”.



Pasear entre las hojas del árbol se convirtió en una tradición de su abuelo y ella. Cada Fin de semana, Alma leía a su abuelo lo que había escrito, y él sonreía o se reía. "Ah, si... los pasteles", decía a veces. "Recuerdo que me ayudaste a cocinar aquel pastel de chocolate, ¡que desastre hicimos!"

Otros recuerdos surgían por si solos, como un pequeño rayo de luz: los paseos en bici por el campo, las tardes jugando a juegos de mesa, los paseos por el parque, las flores que plantaban juntos. Poco a poco, Alma notó que el árbol también empezaba a cambiar. Sus hojas eran más numerosas, y los colores eran tonos verdes y amarillos que brillaban al sol, como si el árbol absorbiera cada emoción y cada recuerdo, protegiéndolos del olvido.



Pero no todos los recuerdos eran alegres. Un día Alma mientras estaba pegando las hojas de papel sobre las hojas del gran árbol encontró una que decía: "abuelo olvidó quien soy". El corazón de Alma se encogió, y por un momento sintió un miedo profundo que no podía describir.

-No importa abuelo- le dijo con voz firme-. Siempre estaré aquí para ayudarte. Tus recuerdos viven en este árbol y en mí.

Alma abrazó a su abuelo, comprendió que el árbol no solo guardaba los recuerdos del abuelo, sino que también se había convertido en un vínculo entre ellos, un refugio seguro.

A medida que los meses pasaban, los olvidos del abuelo aumentaban. A veces no recordaba donde estaba, que día era, o incluso los nombres de algunos familiares. Pero Alma estaba allí, día tras día, escribiendo cada detalle y contándole historias mientras caminaban alrededor del árbol. Con cada visita de Alma, con cada hoja, el árbol crecía, se llenaba de color y vida, convirtiéndose en algo mucho más grande que un simple árbol: era un diario de recuerdos y emociones.



Los vecinos empezaron a notar la belleza de aquel lugar y la dedicación de Alma. Algunos se acercaban para leer las hojas y sonreír con las anécdotas que allí se guardaban. "Que bonito" decían, "Nunca había visto un árbol así". Pero para Alma, no importaba la admiración de otros; el árbol de los recuerdos era su manera de mantener vivo a su abuelo, de asegurar que aunque el Alzheimer intentara borrar su historia, cada risa, cada abrazo y cada momento permaneciera en un lugar seguro.

Con el tiempo Alma también empezó a entender algo profundo: el árbol no solo guardaba los recuerdos del abuelo, sino que también enseñaba la paciencia, la empatía y la belleza de la memoria. Cada hoja, cada palabra escrita era un acto de amor que se transformaba en fuerza y esperanza. Y aunque los días se hicieran más difíciles, y el abuelo olvidara más cosas, Alma nunca dejó de escribir.



El árbol de los recuerdos se convirtió en un sitio de magia, donde la vida y el amor eran la más importante, donde la memoria podría ser frágil pero la conexión permanecía fuerte. Alma sabía que algún día el árbol sería más grande, lleno de hojas y de historias, un sitio que recordaba a Alma y a su abuelo todos los días, todo lo que habían vivido juntos. Y cada vez que miraba a su abuelo, abrazándolo, sonriendo ante un olvido o celebrando un recuerdo, entendía que su corazón y el corazón de aquel árbol, el amor siempre vencería al olvido.

